Un capítulo perdido de *El capital monopolista.* Introducción a «Algunas implicaciones teóricas», de Baran y Sweezy

John Bellamy Foster

El capital monopolista. Un ensayo sobre el orden económico y social estadounidense, de Paul A. Baran y Paul. M. Sweezy, publicado en 1966, es una de las obras fundacionales de la economía política marxista estadounidense y, en realidad, mundial, y hoy en día se la considera una obra clásica, que ha dado pie a más de cuatro décadas y media de investigaciones y debates. La finalización del libro, sin embargo, estuvo profundamente marcada por el fallecimiento de Baran el 26 de marzo de 1964, dos años antes de que estuviera listo el manuscrito final. Aunque existía ya un borrador de todos los capítulos, y a pesar de que los autores los habían discutido repetidamente, algunos problemas cruciales aún no habían quedado resueltos de manera plenamente satisfactoria. Como consecuencia, hubo dos capítulos que quedaron excluidos del volumen final. Como escribía Sweezy en el Prólogo a la obra:

> Aunque Baran no llegó a ver la forma final del manuscrito que se envió a composición y a imprenta, debo insistir en que eso no disminuye en lo más mínimo el carácter conjunto de la obra. La estructura de la obra y las ideas contenidas en ella las concebimos en permanente intercambio, en un proceso que dio comienzo mucho antes incluso de que el primer esquema quedara recogido sobre el papel. Cualquier idea que uno redactara, el otro la criticaba en profundidad y, en la mayoría de los casos, la volvía a redactar y a criticar una vez más. El contenido entero de la obra había atravesado por este proceso antes de la muerte de Baran. A parte de darle forma final al manuscrito, lo único que yo he hecho ha sido excluir de este lo que habrían podido ser dos capítulos adicionales. Estos contaban ya con un borrador antes de su fallecimiento, pero, en ambos casos, uno u otro de los dos había planteado dudas importantes que aún era preciso discutir y resolver. Dado que ninguno de esos dos capítulos era esencial para el tema de la obra en su conjunto, me pareció que la mejor solución era excluirlos. No me costó demasiado decidirlo, ya que, aun sin esos capítulos, el libro había resultado mucho más extenso de lo que inicialmente pretendíamos o esperábamos.[1]

En el prólogo a *El capital monopolista*, Sweezy no hacía referencia alguna ni al título ni al contenido de esos dos «capítulos adicionales» esbozados y excluidos de la obra definitiva, y, por lo que yo sé, tampoco habló de ellos en ulteriores escritos ni en ninguna otra ocasión posterior. ¿En qué consistían, pues, esos capítulos que faltaban?

• Artículo publicado en *MR*, vol. 64, nº 3, pp. 3-23. Traducción de Joan Quesada.

Este mes se cumplen cincuenta años de la publicación en *Monthly Review*, en el número de julio-agosto de 1962, de la versión preliminar de dos de los capítulos del libro. En la introducción a dicho número aparecía un índice provisional de la obra en su totalidad:

1. Introducción
2. Los gigantes corporativos
3. La tendencia del superávit a aumentar
4. El problema de la absorción del superávit: consumo e inversión
5. El problema de la absorción del superávit: los esfuerzos de venta
6. El problema de la absorción del superávit: el gasto público
7. El problema de la absorción del superávit: militarismo e imperialismo
8. Sobre la historia reciente del capital monopolista
9. Algunas implicaciones para la teoría económica
10. Sobre las características de la sociedad capitalista monopolista-I
11. Sobre las características de la sociedad capitalista monopolista-II
12. El sistema irracional

Al comparar este índice con el contenido final de la obra, observamos que el capítulo titulado «Algunas implicaciones para la teoría económica» no se incluyó en la versión publicada, así como que únicamente aparecía uno de los capítulos titulados «Sobre las características de la sociedad capitalista monopolista». Además, en la obra que se publicó había un capítulo adicional que no figuraba en el índice provisional de 1962, y que llevaba por título «El capitalismo monopolista y las relaciones entre razas».

Lo que pudiera ocurrir con esos dos capítulos perdidos —«Algunas implicaciones para la teoría económica» y, suponemos, «Sobre las características de la sociedad capitalista monopolista-II— fue durante muchos años un misterio. A principios de la década de 1980, cuando trabajaba en mi tesis doctoral, publicada más tarde como *La teoría del capitalismo monopolista: una elaboración de la economía política marxista*, y estaba revisando con Henryk Szlajfer la obra *La economía tambaleante: el problema de la acumulación en el capitalismo monopolista*, volvió a surgir el tema de los capítulos perdidos.[2] Sweezy era reticente a hablar de ello, y evitó siempre hacer cualquier referencia a los títulos de los capítulos perdidos o a su contenido específico, y yo tampoco lo presioné jamás para que me hablara de ello. Sin embargo, tengo razones para creer que su actitud era parecida a la que adoptaron Marx y Engels con respecto a *La ideología alemana*, y que esos capítulos quedaban a merced de «la crítica roedora de los ratones».[3] Mi impresión era que ya no se acordaba de dónde estaban los borradores y, en realidad, era posible que los hubiera perdido. Durante las dos décadas siguientes, Sweezy me planteó varias veces la conveniencia de confeccionar una nueva edición de *El capital monopolista* (la decisión fue siempre dejar el libro en su forma original). Sin embargo, la cuestión de los capítulos perdidos nunca estuvo presente en las conversaciones, y a mí tampoco se me ocurrió sacarla a colación. El tema central era entonces el del papel de las finanzas, y si una nueva edición del libro podría resolver lo que él veía como un serio defecto.

En 2004, hacia el momento de la muerte de Sweezy, llegaron a mis manos, en calidad de coeditor de *Monthly Review*, los papeles de Baran, que Sweezy había

prestado previamente a Russell Jacoby, quien hacía mucho tiempo que daba vueltas a la idea de escribir una biografía de Baran. Mientras tanto, la colección de manuscritos, notas y correspondencia de Sweezy quedaba depositada en la Colección de Libros y Manuscritos Modernos de la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard. Busqué entre los papeles de Baran el capítulo sobre «Algunas implicaciones para la teoría económica» —que era el texto perdido que me interesaba principalmente en aquel momento—, pero no lo encontré y, una vez más, me olvidé de la cuestión.

Sin embargo, en julio de 2011, Martha Sweezy, hermana de Sweezy, y yo estábamos comentado algo referente a los papeles de este, y le pregunté de paso si sabía algo del capítulo perdido. Martha escribió inmediatamente a la Biblioteca Houghton de Harvard, donde la pusieron en contacto con Heather G. Cole, conservadora asistente de libros y manuscritos modernos que ha gestionado la colección en la que figuran los papeles de Sweezy. Al principio, lo único que encontró fueron algunas referencias diseminadas al capítulo perdido sobre teoría económica bajo diversos títulos (como, por ejemplo, «Algunas ramificaciones»). Sin embargo, para nuestra sorpresa, Cole localizó posteriormente ambos capítulos desaparecidos, cada uno de ellos en un sobre aparte. En uno de los sobres ponía «Implicaciones teóricas», en letra de Sweezy. En agosto de 2011, nos hizo llegar el contenido de los dos sobres con los capítulos perdidos, incluida la relevante carta de Sweezy del 2 de marzo de 1964, en la que sugería algunos cambios en el capítulo sobre «Implicaciones teóricas». Con la información que me proporcionaron esos manuscritos, conseguí hallar una versión anterior de «Sobre las características de la sociedad capitalista monopolista-II» (con correcciones anotadas a mano) entre los papeles de Baran. También logré entender el sentido y la importancia de una parte de la correspondencia entre Baran y Sweezy en las semanas anteriores a la muerte del primero, parte que hasta entonces me había parecido confusa debido a que las cartas versaban sobre cuestiones relacionadas con el capítulo desaparecido sobre teoría económica.

Los dos capítulos excluidos del libro eran partes que Baran estaba encargado de redactar. Del capítulo «Sobre las características de la sociedad capitalista monopolista-II», que, en el plan final de la obra (antes de la muerte de Baran) debería haber sido el capítulo 12, apareció una versión más o menos intacta, completa, aunque Baran le indicaba a Sweezy en carta del 25 de febrero de 1964 que tenía previsto trabajar en él en ese mes de abril. Existen, pues, tanto una versión «final» como otra versión, anterior, revisada y con anotaciones a mano. El capítulo, que trata de la cultura, las comunicaciones y la salud mental, aparecerá en *Monthly Review* en 2013.

Lo que debía haber sido el capítulo 10, «Algunas implicaciones teóricas», se encontraba en un estado menos claro. Existía un borrador completo del capítulo (que entonces se titulaba «Interludio conceptual») con cambios anotados a mano por Sweezy tras una primera lectura en diciembre de 1962, junto con algunas otras anotaciones procedentes de una segunda lectura completada a comienzos de marzo de 1964. Existía, además, una versión mecanografiada mucho más breve, incompleta, que incorporaba tanto algunos de esos cambios como materiales nuevos.

El 5 de diciembre de 1962, Sweezy le envió a Baran por correo urgente el capítulo «Sobre las características de la sociedad capitalista monopolista-II» con sus cambios anotados a mano. En la carta que acompañaba al envío, le hacía algunos comentarios detallados sobre ese capítulo, así como algunos otros comentarios específicos sobre el

que llevaba por título «Implicaciones teóricas». Sin embargo, en ese momento no le enviaba el borrador del capítulo con los cambios, sino que tenía intención de volver a revisarlo una vez más, cosa que no terminó de hacer hasta comienzos de marzo de 1964, el mes en que falleció Baran.

Ese retraso de quince meses entre los primeros comentarios de Sweezy al capítulo sobre «Implicaciones teóricas», de diciembre de 1962, y el conjunto completo de comentarios de marzo de 1964, se debió a dos hechos: (1) ambos estaban entonces ocupados en otros capítulos de la obra, y (2) habían acordado que ese capítulo en particular, dado que se ocupaba de la estructura conceptual más profunda de la obra y que había sido redactado antes que la mayoría de los demás capítulos (sobre todo, antes que el capítulo 5, con el que guardaba estrecha relación) requeriría una revisión más a fondo que la mayoría de capítulos, y que esta debería quedar para el final. Tal y como escribió Sweezy el 5 de diciembre de 1962 con respecto al capítulo «Implicaciones teóricas»:

> Como puedes deducir, creo que aún hay que trabajar mucho ese capítulo, y eso plantea una cuestión de procedimiento. ¿Quieres dejarlo hasta que hayas acabado con CdS (2) [«Características de la Sociedad Capitalista Monopolista-II] y SI [«El sistema irracional»], para después volver sobre este (y sobre el 5) [«La absorción del superávit: los esfuerzos de venta»]? ¿O crees que aceleraríamos más si lo reviso yo después de acabar con el 4 [«La absorción del superávit: consumo e inversión capitalistas»], el 6 [«La absorción de la plusvalía: el gobierno civil»] el 7 [«La absorción del superávit: militarismo e imperialismo»] y el 8 [«Sobre la historia del capitalismo monopolista»]? El capítulo es «tuyo», así que a ti te toca decidir.

Baran le respondió inmediatamente en carta del 7 de diciembre:

> Tenía la incómoda sospecha de que los capítulos 5 y 9 necesitan una completa reelaboración, tanto a la vista de todo el material redactado desde entonces como por todas las ideas que han surgido desde que fueron escritos. Sin embargo, como el avestruz que esconde la cabeza en la tierra y cree que así nadie lo ve, no dejaba de apartar esos pensamientos y evitaba mirar esos capítulos con la esperanza (o el temor) de volver sobre ellos cuando todo lo demás estuviera listo. Sigo prefiriendo acabar CdS-II y SI antes de regresar sobre el material anterior [«Los esfuerzos de venta» e «Implicaciones teóricas»]. Evidentemente, eso no significa en absoluto que no puedas o no debas hacer con esos materiales lo que quieras cuando llegue el momento. Como el tiempo es fundamental, sería excelente que revisaras esos capítulos antes que yo. Yo me concentraré en lo que estoy haciendo ahora y, después, trabajaré intensivamente en los capítulos anteriores mientras tú te ocupas del resto de CdS-II y SI.

El 25 de febrero de 1964, Baran estaba terminando de revisar el capítulo sobre «Los esfuerzos de venta» y le pidió a Sweezy sus comentarios sobre lo que entonces llamaban las «Implicaciones conceptuales», para poder acabar él mismo de trabajar en este. El 2 de marzo, desde Larchmont, Nueva York, Sweezy le enviaba a Baran, en Palo Alto, California, un paquete por correo urgente que contenía el manuscrito de ese capítulo con las correcciones y los comentarios fruto de dos lecturas distintas de este, así como una larga carta sobre cuestiones teóricas relacionadas con ese capítulo. Baran le respondió el 2 de marzo y, de nuevo, el 3 de marzo; Sweezy le escribió el 4 de marzo;

Baran contestó el 5 de marzo (y le adjuntó su última revisión del capítulo 5 sobre «Los esfuerzos de venta»), a lo que siguió la última carta de Sweezy a Baran el 7 de marzo. El 9 de marzo, Baran empezó a escribir una carta, como él decía, «con fines de *Selbstverständigung* [autocomprensión]».[4] La carta tenía una extensión de una página y media, escrita a máquina, con espaciado simple, pero estaba inacabada y finalizaba a mitad de frase. La encontraron en el escritorio de Baran en el momento de su muerte.

El 22 de marzo, Baran les escribió a Beatrice y Harry Magdoff: «Por lo que respecta a mis planes para el próximo año académico, justo ahora estoy revisando capítulos anteriores del libro sobre el capital monopolista. Fundamentalmente, el manuscrito está acabado, pero quedan todavía un montón de correcciones que hacer, y ahora estoy ocupado en descifrar mi propia caligrafía, y aún no he llegado a la caligrafía de mi compañero. Me he fijado, como fecha límite irrevocable, quitarme todo este lío de en medio, de mi mente y de mi vida, antes de que acabe el verano. Si todo va bien, debería acabar hacia finales de julio». Cuatro días después, Baran, que aún estaba convaleciente de una gripe, fue a cenar, no sin cierta reticencia debido a su estado de salud, a casa de Leo Lowenthal, un viejo amigo de los tiempos del Instituto de Investigación Social de Frankfurt, de la Alemania prehitleriana. Estaba tomando un brandy y hojeando *El hombre unidimensional,* de otro amigo próximo de la Escuela de Frankfurt, Herbert Marcuse, cuando sufrió un gravísimo ataque al corazón. Falleció esa misma noche en el hospital.[5]

Sweezy tenía que ir a verlo pocos días después, a finales de marzo, para comentar el libro que estaban acabando y, en particular, el capítulo sobre «Algunas implicaciones teóricas». Es de esperar que habrían hablado de algunos de los temas pendientes de solución. Al final, fue él quien se encargó de compilar el volumen, que acabaría convirtiéndose en una obra clásica, y restar importancia al hecho de que el libro estaba, en ciertos aspectos importantes, inacabado desde el punto de vista de las intenciones originales de los autores.

Además de la versión de 42 páginas, mecanografiada y corregida a mano, del capítulo teórico excluido (titulada «Interludio conceptual»), los manuscritos localizados incluyen una versión mecanografiada de 19 páginas formada por el primer apartado y parte del segundo (titulada «Algunas implicaciones teóricas») en la que estaban incorporadas las correcciones a mano de Sweezy a la versión de las 42 páginas y se habían añadido nuevos materiales hacia el final. Parece claro que fue Baran quien redactó esta segunda versión, más breve y más acabada (una versión sustancialmente re-redactada de las primeras partes del capítulo), en las poco más de dos semanas previas a su muerte y posteriores a la correspondencia relativa a ese capítulo, que finaliza con la carta de Sweezy del 9 de marzo.[6] La nueva versión (hasta el punto en que el manuscrito se detiene) se ocupaba de todos los temas que aparecen en la carta de Sweezy del 9 de marzo, a la vez que sigue de cerca las ideas y el lenguaje del propio Baran, incluidas muchas de las numerosas ideas concretas expresadas en su correspondencia final. No hemos encontrado nada sobre lo que pensaba Sweezy de esa versión parcial y revisada. Es de suponer, sin embargo, que esta expresaba las ideas combinadas de ambos.

Dado que Baran falleció antes de poder revisar los demás apartados del capítulo (parte del apartado 2 y los apartados 3 y 4) —y antes de lo que, podemos suponer, habrían sido intensas conversaciones sobre el capítulo cuando Sweezy hubiera llegado a Palo Alto a finales de marzo—, la correspondencia final adquiere una gran importancia.

Por eso publicamos aquí lo que llamamos «Las últimas cartas», como complemento de «Algunas implicaciones teóricas».

Es todo ese conjunto de materiales (las dos versiones existentes, más los comentarios, las correcciones y las cartas) lo que forma la base de esta versión del capítulo. La versión, más pulida, de 19 páginas («Algunas implicaciones teóricas») constituye el inicio, tras el cual incluimos la versión anterior, con correcciones a mano («Interludio conceptual»). En esta segunda versión, hemos incorporado todas las correcciones definitivas de Sweezy (con solo dos excepciones, significativas, que se explican en su lugar). Allí donde ambos autores consideran que quedan cuestiones sin resolver, ello se indica en las notas del editor a «Algunas implicaciones teóricas» y «Las últimas cartas», o en esta Introducción). «Las últimas cartas» realizan aportaciones teóricas detalladas al capítulo y, sobre todo, a su último apartado, el 4, y por ello se pueden considerar parte integrante del todo.

El argumento

El capital monopolista comienza con una crítica de las ciencias sociales, tanto burguesas como marxistas. En el caso de la ciencia social burguesa, Baran y Sweezy apuntaban la paradoja de que «unos científicos sociales cada vez más numerosos y mejor formados fracasen, de modo aún más flagrante si cabe, a la hora de explicar la realidad social». La estrecha especialización y la propensión a evitar las grandes verdades hacen que la «ciencia social burguesa haya abdicado de toda responsabilidad».[7] Esta hacía ya tiempo que se había apartado del dicho de Hegel según el cual «lo verdadero es el todo», y ya no procuraba comprender el orden social en su totalidad.[8]

Por el contrario, «el estancamiento de la ciencia social marxista, su pérdida de vitalidad y sus frutos cada vez más escasos» responden a otras causas y, en gran medida, sus orígenes podrían reseguirse hasta el hecho de que «el análisis marxista del capitalismo continúa basándose en última instancia en la presunción de la existencia de una economía competitiva».[9] El factor decisivo para la pérdida de relevancia de la crítica marxista fue, por lo tanto, el fracaso de la teoría marxista a la hora de explorar las implicaciones teóricas de la transición del capitalismo competitivo al capitalismo monopolista, es decir, del surgimiento de una economía dominada por los gigantes corporativos, y ello pese a los brillantes intentos iniciales de teóricos como Hilferding y Lenin.

Sin embargo, más que profundizar en el examen de los defectos teóricos de las ciencias sociales, Baran y Sweezy se dedicaron en la obra a proporcionar un análisis de las leyes del movimiento del capitalismo monopolista, incluidas las famosas descripciones de la tendencia del superávit aumentar, y de las diversas formas en que el problema de la absorción del superávit se manifestaba en relación con el consumo y la inversión capitalistas, los esfuerzos por incrementar las ventas, el gasto público civil, el militarismo y el imperialismo. La conclusión era que el «estado normal» del capitalismo monopolista es el estancamiento, es decir, una situación de crecimiento lento, creciente desempleo y exceso de capacidad productiva, contrarrestado en parte por la expansión del derroche y la irracionalidad. El capítulo «Sobre la historia del capitalismo monopolista» mostraba la relación entre esas tendencias y los desarrollos acaecidos a lo largo del siglo XX.

Era después de todos esos análisis donde debía figurar el capítulo relativo a «Algunas implicaciones teóricas», que regresaba al tema del estancamiento de las ciencias sociales, tanto burguesas como marxistas, para centrarse específicamente en el análisis económico. El capítulo también pretendía insistir en la irracionalidad del capital monopolista y, de ese modo, preparar el camino para los capítulos siguientes, que habrían de ocuparse de las implicaciones sociológicas más generales, hasta culminar con la descripción final de «El sistema irracional». Más importante aún, el capítulo debía de proporcionar la base teórica central del concepto de superávit económico y conectarlo con la fuerza de trabajo y los salarios reales, o sea, con la teoría marxista de la explotación.

«Algunas implicaciones teóricas» comenzaba con la crítica de la economía burguesa por huir de la realidad, cosa que se atribuía, no simplemente a factores subjetivos, sino al desarrollo mismo del capitalismo monopolista. Marx había atribuido la evolución hacia un tono apologético de la ciencia económica burguesa a partir de la década de 1830 a la conquista burguesa del Estado y la creciente polarización entre la clase capitalista y la clase trabajadora. Baran y Sweezy, no obstante, sostenían que Marx se refería con ello a los precursores de lo que más tarde resultaría ser una evolución aún mayor. El verdadero cambio hacia una postura apologética, asociada al surgimiento de la teoría económica marginalista [o neoclásica], sostenían Baran y Sweezy, se aprecia inicialmente en la década de 1870. Este está vinculado a la transición que experimenta el sistema capitalista desde un estadio competitivo relativamente progresista hacia una fase monopolista retrógrada. La contradicción entre el potencial cada vez mayor para satisfacer las necesidades humanas gracias al desarrollo de las fuerzas de producción y el estancamiento actual de las relaciones de producción en el sistema capitalista monopolista dio pie a un impasse cada vez más irracional y destructivo. Como había escrito Baran en *La economía política del crecimiento,* «y, aun así, es tal la dialéctica del proceso histórico que, *dentro del marco del capitalismo monopolista*, las características más abominables, más destructivas, del orden capitalista se convierten en los cimientos de su propia existencia continuada, igual que la esclavitud había sido condición *sine qua non* de su surgimiento».[10]

De ahí que, argumentaban Baran y Sweezy en «Algunas implicaciones teóricas», en la fase monopolista la «dedicación» de la ciencia económica a hacer apología de «un sistema retrógrado» se convierta en «un obstáculo insalvable para el pensamiento racional». Eso significaba que cualquier estudio sistemático del surgimiento del capital monopolista, o incluso de la existencia de este, quedaba necesariamente fuera de los límites de la teoría económica liberal. Si, como dijo Marx, el «néctar del progreso» se bebe en las «calaveras de caídos», posiblemente el número de tales calaveras había crecido aún más deprisa con el capitalismo monopolista que en el periodo de «mayor voracidad» del capitalismo.

Históricamente, el pensamiento burgués en general, decían, se había basado en la idea de un individuo autónomo. A partir de la *Teoría política del individualismo posesivo,* de C. B. Macpherson, Baran (en sus últimas revisiones del capítulo) señalaba que dicha perspectiva había nacido al inicio de la revolución burguesa con la obra de personajes como Hobbes, Locke, Hume y Voltaire. La idea de un individuo autónomo movido por apetitos adquisitivos era crucial para el intento de justificar una sociedad que, pretendidamente, se desarrollaba para servir a las necesidades y los deseos del

individuo. Una justificación así, por supuesto, requería que no tuviera en consideración que la economía y la sociedad gobernaban al individuo y determinaban las «preferencias manifestadas» por el consumidor, ya que, de ser así, el argumento resultaría circular y eso socavaría su poder justificador. Sin embargo, esa circularidad era imposible de evitar en un sistema de justificación que había abandonado completamente sus últimos vínculos con el realismo y había llegado a engendrar la idea de la «soberanía del consumidor» en unas condiciones de capitalismo monopolista en las que las corporaciones creaban deseos artificialmente.

De hecho, el concepto de un individuo autónomo como base de la estructura de la economía moderna resultaba tan absurdo con el capitalismo monopolista, afirmaban Baran y Sweezy, que la teoría económica burguesa se había visto obligada a adentrarse aún más en su mundo de ensueño y a postular en su lugar la idea de un individuo «racional» cuya existencia real, *ex hypothesi*, se considera irrelevante. El resultado eran unos modelos económicos basados en nociones cada vez más rocambolescas y más extremas de la «racionalización». En la obra de Lionel Robbins, de la London School of Economics (colaborador próximo de Hayek y precursor del neoliberalismo) y de George Stigler (de la Escuela de Chicago), queda excluida cualquier especificidad histórica de la economía y se la sustituye por un conjunto permanente, transhistórico, de relaciones basadas en una racionalidad abstracta.

En dicho enfoque, insistían Baran y Sweezy, el individuo no era más que una mónada de «conducta racional» que representaba un «grado absoluto de perfección independiente del espacio y el tiempo». Con ello, estaban anticipando en casi medio siglo el pronunciado cambio de la economía ortodoxa hacia lo que se dio en llamar las «expectativas racionales» o lo que John Cassidy ha denominado, acertadamente, la «irracionalidad racional».[11] En la era del capitalismo monopolista, después de abandonar definitivamente cualquier intento por conservar una relación ni siquiera remota con la realidad, la teoría económica burguesa ha optado por el irrealismo racionalizado, la filosofía de los mercados autorregulados, respaldada por modelos económicos cada vez más crípticos. Después de declarar la realidad irrelevante, los economistas ortodoxos han desempeñado su papel de defender, de forma no poco efectiva, un sistema que, si partimos de premisas aun remotamente realistas, era clara e irremediablemente defectuoso.

Un ejemplo oportuno es la afirmación de Stigler según la cual «el estudio profesional de la economía lo hace a uno políticamente conservador», una afirmación que, como hace poco ha señalado un economista convencional, «podría traducirse en que adquirir los valores intelectuales de un economista profesional (valorar las teorías rigurosas basadas en supuestos precisos sobre individuos racionales que compiten entre sí)» conduce a «conclusiones que son favorables al libre mercado».[12] Sin embargo, el veredicto final aquí ya está contenido en la completa falta de realismo de las propias premisas: se trata de un razonamiento circular que, deliberadamente, excluye cualquier cuestión significativa relativa a la clase, el poder, la desigualdad, el monopolio, el Estado, el cambio histórico, la incertidumbre, etc. La virtud de la crítica de Baran y Sweezy es haber mostrado, casi cincuenta años antes, que eran esas las absurdas conclusiones hacia las que se encaminaba la economía ortodoxa como consecuencia de su propia lógica justificadora en una era de creciente irracionalidad.

El resultado fue el inminente colapso de toda perspectiva holística significativa dentro de la teoría económica ortodoxa, aunque su conocimiento de algunos de los aspectos más técnicos del proceso económico continuara progresando. Ideas tan centrales como la soberanía del consumidor, la racionalidad de la producción, un mecanismo de precios que actúe correctamente, la función de los beneficios, el papel central de la inversión, la posibilidad de llevar a cabo reformas que tengan un sentido, etc., todas ellas se derrumbaron, junto con la creencia en la competencia misma, con el advenimiento del orden capitalista monopolista.

Si el pensamiento burgués había abdicado de su responsabilidad de ocuparse de la realidad de capitalismo, no se podía decir lo mismo de la economía política marxista. Para Baran y Sweezy, «esta constituía la única base desde la que es posible visualizar la función global del "sistema de corporaciones"». Sin embargo, era desesperadamente preciso actualizar la economía marxista a fin de ocuparse de los cambios operados en la acumulación por el capitalismo monopolista. Para ello, hacía falta introducir el concepto de superávit económico o, simplemente, superávit (es decir, «la diferencia entre la producción total de la sociedad y los costes socialmente necesarios para producirla»), como categoría suplementaria a la plusvalía de Marx.[13] Así, la categoría de superávit era un instrumento útil para plantear cuestiones que no eran fáciles de analizar en términos de plusvalía, que continuaba siendo, no obstante, el concepto base.

Tras declarar explícitamente su intención de ocuparse de este problema, Baran y Sweezy nos proporcionaban una «pequeña reseña» de los principales aspectos del concepto de plusvalía de Marx, incluido, muy importante, el valor de la fuerza de trabajo. Para Marx, que escribía en la era del capitalismo competitivo, el valor de la fuerza de trabajo, correspondiente a la cesta básica de mercaderías necesaria para la reproducción de la fuerza de trabajo (no sólo biológicamente, sino también socialmente y productivamente), era *en cualquier momento dado,* un mínimo irreducible, por debajo del cual se verían negativamente afectados tanto la fuerza de trabajo como la disponibilidad de esta en la cantidad y calidad requeridas.

Al igual que Marx, Baran y Sweezy defienden que el valor de la fuerza de trabajo se compone tanto de elementos biológicos como sociohistóricos.[14] La existencia de un mínimo irreducible no implicaba que, durante periodos de tiempo considerables, no pudiera remunerarse el trabajo a tasas inferiores (o superiores) al valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo, unos salarios por debajo de ese nivel tenían efectos negativos tanto sobre el trabajo como sobre la reproducción del capital, y no se podían mantener para todos los trabajadores durante largos periodos de tiempo sin reducir la provisión de fuerza de trabajo.

El argumento de Marx se creó, en particular, para el capitalismo de libre competencia de su época. Por el contrario, Baran y Sweezy sostenían que, con el capitalismo monopolista, «el valor de la fuerza de trabajo deja de constituir una magnitud irreducible; se convierte, más bien, en una cantidad flexible susceptible de variaciones significativas. En tales circunstancias, es posible obtener ganancias monopolistas, no solo a través de la distribución que efectúan los monopolistas del total de la plusvalía a su favor, sino también incrementando la parte que se apropia la clase capitalista más allá de la plusvalía total mediante una política de precios que reduzca los salarios reales del trabajo». Eso es posible porque, con el capital monopolista, los salarios pueden aumentar por encima del valor de la fuerza de trabajo durante periodos

de tiempo considerables (y, supuestamente, en el sector monopolista). En esencia, los trabajadores (o algunos sectores relativamente privilegiados dentro de algunos países, o continentes) logran durante un tiempo captar un porción del superávit con sus salarios. Con los salarios por encima del valor de la fuerza de trabajo, los trabajadores son vulnerables a una nueva forma de deducciones de sus salarios reales.

Para explicar esto, Baran y Sweezy se apoyaban en una categoría poco conocida pero importante del análisis de Marx conocida como «ganancias por deducción».[15] Marx nunca ofreció una explicación completa de su teoría del salario, que debía desarrollarse en la obra *El trabajo asalariado* que tenía previsto escribir.[16] Sin embargo, Marx y Engels se refirieron en numerosas ocasiones a las deducciones del salario como un notable facilitador de la plusvalía en el capitalismo. Básicamente, tales deducciones se entendían como una situación en la que los salarios se veían reducidos durante considerables periodos de tiempo por debajo del valor de la fuerza de trabajo y con un enorme perjuicio para determinados sectores de la población trabajadora.

Tal vez el uso más explícito de dicho concepto en ese sentido fuera en el prólogo de Engels a la segunda edición de *The Housing Question* [La cuestión de la vivienda], donde explicaba que los huertos domésticos y la agricultura de pequeña escala habían permitido que los trabajadores alemanes recibieran salarios extremadamente bajos y generaran ganancias extraordinarias gracias a lo que era, en realidad, una «deducción del salario normal [es decir, el necesario para la reproducción social de los trabajadores que no poseen una pequeña propiedad]». Para Engels, era «el peso muerto que representaban esos precios del trabajo, tradicionalmente mantenidos por debajo del valor de la fuerza de trabajo», lo que hacía descender «también los salarios de los trabajadores urbanos, e incluso de los trabajadores de las grandes ciudades, por debajo del valor de la fuerza de trabajo, aún más cuando la industria nacional de salarios bajos ha sustituido a los antiguos oficios artesanos también en las pequeñas ciudades y, también allí ha hecho descender los niveles salariales generales».[17] Los economistas marxistas de hoy en día suelen llamar a esta situación «sobreexplotación». Los salarios no solo podían situarse por encima del valor de la fuerza de trabajo en el caso de algunos trabajadores, sino que, en el caso de muchos otros, de los pertenecientes a las categorías que Marx denominaba «precarias», los salarios con frecuencia se situaban por debajo de dicho valor.[18] Así pues, aun en las condiciones del capitalismo de libre competencia, donde los salarios fluctuaban de forma causalmente transparente, Marx hablaba también a veces de ganancias por deducción.

Sin embargo, había también otro contexto en el que Marx utilizaba esa categoría: en relación con los precios monopolistas. Marx, tal y como Sweezy había señalado ya en 1942, en *La teoría del desarrollo capitalista*, había empleado el concepto de ganancias por deducción para explicar que un precio monopolista podría «hacer descender los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo, por supuesto, solo en la medida en que los salarios fueran superiores al mínimo físico de subsistencia. En este caso, el precio monopolista saldría [tanto] de una deducción de los salarios reales de los trabajadores (es decir, de la cantidad de valores-de-uso que recibe el trabajador por una misma cantidad de trabajo) [como] de las ganancias de otros capitalistas».[19]

Marx, por supuesto, estaba pensando en una economía que aún se caracterizaba, en general, por la libre competencia, de forma que los precios monopolistas se consideraban una alteración local. Sin embargo, el concepto de ganancias por

deducción, que Marx aplicaba en dicho contexto, les proporcionó a Baran y Sweezy una de las claves para ocuparse de las luchas salariales más complejas en el capitalismo monopolista, en el cual los salarios podían elevarse por encima del valor de la fuerza de trabajo durante un tiempo en un sistema caracterizado sobre todo por los problemas de absorción de superávits. Las ganancias por deducción de los salarios reales implicaban aquí que el capital monopolista podía conseguir superávits adicionales no solo absorbiéndolos del sector más competitivo, sino también deduciéndolos de los propios salarios. En una carta a Sweezy del 2 de mayo de 1960, Baran había utilizado los términos «reducción por alienación» y «ganancia por alienación» como expresiones equivalentes a la de ganancias por deducción en condiciones de capital monopolista.[20]

Como Baran y Sweezy reconocieron claramente, eso equivalía a decir que, con el capital monopolista, una parte del superávit se incorporaba a los salarios reales, que, por lo tanto, se elevaban por encima del valor de la fuerza de trabajo, sobre todo en el sector monopolista.[21] Así pues, en palabras de Sweezy en su carta a Baran del 2 de marzo de 1964, las «ganancias por deducción» en el capitalismo monopolista implican deducciones «de un *precio* de la fuerza de trabajo que está muy *por encima* de su valor». O sea, los trabajadores, en parte gracias a las actuaciones de los sindicatos del sector monopolista de la economía, habían logrado elevar los salarios por encima del nivel sencillamente necesario para garantizar la provisión de trabajo en las condiciones imperantes, tanto entonces como ahora, en los centros del capitalismo. Sin embargo, eso apenas si suponía un cambio claramente progresista, ya que había tomado la forma de incorporar a los bienes salariales trabajo improductivo y derroche (es decir, valores-de-uso específicamente capitalistas destinados a absorber el superávit), de forma que habían disminuido cualquier mejora cualitativa que pudieran experimentar los trabajadores.[22] Si, con el capital monopolista, los salarios reales habían subido por encima del valor de la fuerza de trabajo, había sido en gran medida según los términos fijados por las corporaciones, y no por los trabajadores.

Esta teoría de los salarios surgió de los análisis que Baran y Sweezy llevaron a cabo sobre la interpenetración de los esfuerzos de venta y producción, expuestos en el capítulo 5 de *El capital monopolista*.[23] (Véase también el ejemplo de la barra de pan que aparece en el apartado 4 de «Algunas implicaciones teóricas».) El superávit económico de la sociedad constituía su fondo de acumulación potencial, parte del cual quedaba ahora oculto (de una forma que el cálculo de la plusvalía no servía para explicar) en los bienes salario de los propios trabajadores. Baran y Sweezy se referían a este hecho en sus cartas del 3 al 7 de marzo de 1964 (véase más abajo, en este mismo número), como el Efecto de Interpenetración, que refleja que ya no era posible distinguir los costes de producción de una mercancía de sus costes de venta.

Todos esos desarrollos y sus implicaciones para los salarios, como señalaba Sweezy en las notas del 2 de marzo de 1964 a dicho capítulo, ayudaban a explicar el desarrollo de la socialdemocracia europea (o lo que, hoy en día, se conoce equívocamente como «fordismo»).[24] De hecho, una de las principales preocupaciones de Baran era delimitar las múltiples formas en que el capital monopolista tanto aumentaba los salarios (y producía la sensación de que toda una capa de trabajadores eran ahora «clase media») como, al mismo tiempo, propiciaba numerosas deducciones de los salarios, algunas a través de los impuestos. Todo ello reforzaba un régimen económico de ganancias monopolistas y a través del derroche. En el capitalismo monopolista, los salarios y el

superávit no se determinaban sencillamente en el nivel de la producción, sino también en el de la circulación, lo que complicaba enormemente el análisis.

En su última correspondencia, Sweezy expresaba su acuerdo general con esta explicación, pero quería insistir más en principio en cómo los precios monopolistas servían para obtener ganancias a través del aumento de la productividad, en un contexto dinámico de aumento de los salarios reales. Como afirmaba en una de las notas al manuscrito: «La cuestión es que los salarios reales de los trabajadores productivos aumentan mucho más lentamente que su productividad, y el monopolio permite que el enorme superávit se desvíe de diversas formas». Al presentar el argumento sobre la fijación monopolista de precios y salarios casi dos décadas después en *Four Lectures on Marxism* [Cuatro conferencias sobre marxismo], Sweezy escribía:

> Además de una redistribución de la plusvalía de sectores más competitivos a sectores menos competitivos, podría producirse un aumento total de la plusvalía a expensas de los salarios reales (lo que implica un aumento de la tasa de plusvalía), si los trabajadores no pueden protegerse contra los precios monopolistas de los bienes salariales. A esto podría objetarse que los precios monopolistas no pueden elevar la tasa de plusvalía excepto reduciendo los salarios hasta colocarlos por debajo de valor de la fuerza de trabajo, y que eso sería esencialmente un efecto inestable y temporal. Esa objeción, sin embargo, no acierta a darse cuenta de que la monopolización es un proceso que hay que contemplar históricamente y como parte constante del proceso de acumulación. Mientras que, en cualquier momento particular, el valor de la fuerza de trabajo puede tratarse como algo dado, cuando se lo contempla a lo largo de todo un periodo, este tiende a aumentar (debido a los costes crecientes de producir fuerza de trabajo y a las luchas de los trabajadores para mejorar sus condiciones de vida). En este contexto, el aumento de la monopolización debe entenderse, no como algo que hace bajar los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo, sino como algo que ralentiza el aumento del valor de la fuerza de trabajo. En la medida en que eso es así, favorece al capital contra el trabajo, al incrementar la tasa de plusvalía por encima del valor que esta habría tenido de ser las cosas de otro modo.[25]

No hay duda de que, en la discusión que Sweezy tenía prevista con Baran a finales de 1964, el primero habría insistido en la supresión del crecimiento potencial de los salarios reales (y del valor de la fuerza de trabajo) en relación con la productividad, y de cómo esta estaba relacionada con las ganancias monopolistas y el incremento del superávit. Por el contrario, Baran se centraba en el próximo paso de su argumento: cómo la entrada de gastos no productivos en los bienes salariales, entendida como una deducción de los salarios reales, que había crecido hasta situarse por encima del valor de la fuerza de trabajo, había supuesto una añadido neto al superávit. Baran fue el primero de los grandes economistas de izquierdas que planteó el tema de que se estaba avecinando una crisis de inflación y, sin duda, estaba pensado en términos de una lucha mucho más intensa por la parte correspondiente de la renta en la que las deducciones de los salarios reales se traducirían en nuevas formas de guerra de clases.[26] Cómo exactamente habrían resuelto ambos amigos, que estaban de acuerdo en la teoría pero que divergían con respecto a la forma de presentarla, todas esas cuestiones es algo que nunca sabremos.

Un examen del manuscrito de «Algunas implicaciones teóricas» y de la intensa correspondencia entre ambos autores durante marzo de 1964 deja claro que, aunque compartían todas las ideas esenciales, y de hecho todas las ideas sustanciales, había dos aspectos del análisis que Baran y Sweezy no habían tenido ocasión de trabajar juntos en el momento en que falleció el primero. La explicación de Baran del carácter retrógrado del sistema desde los inicios de la era del capitalismo monopolista (y sus efectos sobre la teoría económica) se introdujo al final del manuscrito revisado. Era una explicación novedosa (aunque basada en Marx) del cambio del capitalismo de sistema progresista a sistema regresivo, e insistía en la creciente contradicción entre el *potencial* de la sociedad para satisfacer las verdaderas necesidades humanas y las limitaciones *reales* que planteaban las relaciones de propiedad existentes, junto a la creciente destructividad del sistema. Aunque era difícil esperar que Sweezy no estuviera de acuerdo, los dos autores no habían llegado a ponerse de acuerdo sobre la forma precisa de presentar el argumento.

La otra cuestión, más importante, que hemos visto es la de la explicación de la relación entre el concepto de superávit económico y el de plusvalía. El hecho de que los trabajadores parezcan haber captado una porción de la plusvalía —aunque sea en los términos propiciados por el capital monopolista, en los que se incorporan a la producción misma gastos improductivos— formaba parte integral del argumento de Baran y Sweezy con respecto a «El sistema irracional». Sin embargo, en el momento de la muerte de Baran, aún no se habían puesto de acuerdo sobre cuál era la mejor forma de explicarlo. Está claro que Sweezy, como decía en el prólogo del libro que se publicó, aún tenía pendientes algunas «cuestiones importantes» del borrador del capítulo. Llegó a la conclusión de que no podría resolverlas sin «perjudicar al carácter conjunto de la obra». No podía ni publicar el capítulo como estaba, ni, en conciencia, cambiar ni realizar añadidos sustantivos a lo que Baran había escrito. En consecuencia, sin duda, decidió dejar este importante trabajo «a la crítica roedora de los ratones», con mayor seguridad, si cabe, después de leer la referencia de Baran a la *Selbstverständigung* en sus últimas palabras sobre el tema en la carta inacabada que había en su escritorio.

Tomada la decisión, Sweezy no tenía vuelta atrás. El fallecimiento de Baran en tal situación, cuando estaban a punto de completar lo que era el argumento culminante de lo que ellos denominaban su *«opus»*, fue sin duda una experiencia tan dolorosa que Sweezy se mostró comprensiblemente reticente a regresar sobre la cuestión de los capítulos perdidos en años venideros. Además, dado que la versión publicada de *El capital monopolista* cobró vida propia, resucitar los capítulos excluidos se convirtió en una tarea en muchos sentidos más difícil, y no más fácil. No obstante, para nosotros, ahora, todas esas consideraciones ya no parecen importar, y el resultado es que no hemos dudado en poner a disposición del público, por primera vez, este trabajo clásico de Baran y Sweezy.

Significación actual

¿Qué relevancia tiene hoy en día, cincuenta años de que fuera redactado en forma de borrador, este capítulo perdido de *El capital monopolista*? La respuesta más obvia es que aclara algunas cuestiones con respecto a la propia obra. Una crítica persistente a *El*

capital monopolista por parte de algunos economistas marxistas tradicionalistas, como Paul Mattick y Ernest Mandel, ha sido que Baran y Sweezy, al desarrollar el concepto de superávit económico, rechazaban la teoría del valor de Marx. Sweezy lo negó categóricamente en más de una ocasión, y diversos autores han mostrado que dicha acusación era falsa después de llevar a cabo un análisis sistemático de la obra de Baran y Sweezy.[27] En este capítulo, no obstante, vemos con precisión, en sus propias palabras, cómo los autores se basaron en la teoría de la plusvalía de Marx con la intención, no de abandonarla, sino de suplementar dicho análisis de tal forma que este pudiera ocuparse de problemas específicos de nuestra era. Con ello, es posible descartar la idea de que Baran y Sweezy, individual o conjuntamente, abandonaran la teoría del valor basada en el trabajo.[28]

Además, deberíamos añadir que el tema de la ley del valor plantea las cuestiones desde una perspectiva materialista histórica que, necesariamente, va más allá de cualquier explicación que se circunscriba a una teoría del valor basada en el trabajo de carácter transhistórico (y, por lo tanto, no marxista).[29] La teoría del valor basada en el trabajo no tiene su origen en Marx, sino en la economía política burguesa. Tampoco es directamente aplicable a la historia antes ni después del capitalismo. Aunque representa (sobre todo la noción de plusvalía) la clave para explicar las leyes del movimiento del capitalismo, por esa misma razón, no tiene dentro de la teoría marxista el estatus de una categoría perfecta, independiente del tiempo y del espacio.[30] Para Marx, como dejó claro en muchas ocasiones, la ley del valor representaba simplemente el *modus operandi* de la sociedad capitalista. Por consiguiente, resumía las contradicciones y las depredaciones del capitalismo, incluidas las contradicciones entre el valor de uso y el valor de intercambio, y entre riqueza y valor. La especificidad histórica y los límites de la teoría del valor basado en el trabajo eran, así pues, aspectos cruciales de la perspectiva de Baran y Sweezy, justamente porque de lo que se trataba era de la transición a una sociedad regida por la racionalidad socialista.[31]

«Algunas implicaciones teóricas» también arroja luz sobre otra crítica a *El capital monopolista* planteada por figuras como James O'Connor, Michel Aglietta, M. C. Howard y J. E. King, y es que la obra no contenía una teoría del salario, y dejaba sin desarrollar el concepto de superávit.[32] De hecho, Robert Heilbroner culpó erróneamente a los autores de *El capital monopolista* de «no incluir los salarios ni pagos salariales a la clase media como parte del superávit». Si se examina en detalle la obra (incluso sin el capítulo que reproducimos en esta entrega) se ve que el punto de partida más destacado de su análisis era precisamente la inclusión de tales pagos.[33] Con el presente capítulo, sabemos que Baran y Sweezy se ocuparon directamente de esa cuestión, y que era precisamente el tema del que estaban tratando cuando falleció Baran.[34] A pesar de que, en la versión publicada de *El capital monopolista*, faltara una teoría detallada del salario, la lógica del análisis dejaba claro qué forma debería tener dicha teoría, y eso es lo que ahora confirma el trabajo que presentamos a continuación en este número.

De hecho, en una ponencia presentada en la Conferencia de Académicos Socialistas, celebrada del 9 al 11 de septiembre de 1996, titulada «Relaciones de intercambio y de producción en *El capital monopolista* de Baran y Sweezy», O'Connor intentaba «delinear la teoría del salario [...] implícita en *El capital monopolista*», y lo hacía de manera tan brillante que desvelaba gran parte de la argumentación de Baran y Sweezy contenida en el capítulo perdido de *El capital monopolista* que aquí presentamos,

incluida la idea de que los salarios incorporaban un elemento de superávit y la referencia a Piero Sraffa al respecto.[35] O'Connor escribía: «No es meramente que sean *más* las personas que viven del superávit en el capitalismo monopolista; más importante aún, la renta de casi todas las personas contiene un componente de superávit. Ciertamente, cualquiera que compre un automóvil o cualquier otro bien de consumo duradero está pagando los costes de los esfuerzos de venta que están incorporados en la mercancía y, por lo tanto, su renta debe de incluir un elemento de superávit». En una nota en los márgenes de su ejemplar de la ponencia no publicada de O'Connor, Sweezy comentaba al respecto: «Al releerlo cuatro años después (agosto de 1970), me inclino a pensar que tiene razón, y que es una idea importante».[36]

Hubo más autores que reconstruyeron lo esencial de la teoría del salario de Baran y Sweezy.[37] El propio concepto de superávit hacía que la relación salarial básica resultara evidente, y eso permitió a diversos teóricos aplicar el concepto estadísticamente y demostrar la tendencia del superávit a crecer. Junto a eso, estaba también el hecho de reconocer que parte de ese superávit estaba incorporado en los propios bienes salariales (y que una parte considerable de ese superávit consistía en gastos del Departamento III —ni bienes salariales ni bienes de inversión, sino pura absorción de superávit, como por ejemplo, el gasto militar).[38] Así pues, Edward N. Wolff señaló con respecto a la teoría de Baran y Sweezy que «la proporción de los ingresos de los trabajadores destinada a [gastos] improductivos debería incluirse dentro del superávit, ya que constituye una transferencia a la clase capitalista».[39] En consecuencia, es erróneo decir que Baran y Sweezy «no tenían en absoluto una teoría del salario» que subyacía a los análisis de *El capital monopolista*. Más bien, la teoría quedaba en gran medida implícita en la obra publicada, mientras que el análisis explícito de este existía en forma de capítulo no publicado.[40]

Cabría señalar que Baran y Sweezy no son los únicos teóricos marxistas que propusieron la idea clave de que los salarios reales pueden estar por encima del valor de la fuerza de trabajo (o del salario de equilibrio) durante periodos prolongados de tiempo. Arghiri Emmanuel propuso la misma idea de forma independiente, y lo llamó el fenómeno del «sobresalario». Según Emmanuel, el «sobresalario de larga duración» no podía darse en condiciones de capitalismo de libre competencia, sino que requería un elemento de monopolio. Si el sobresalario provocaba la transformación del valor de la fuerza de trabajo —es decir, de la cesta de valores de uso que definía el valor de la fuerza de trabajo (el «mínimo irreducible» en cualquier periodo dado)— dependía de toda una diversidad de factores históricos relacionados con la lucha de clases.[41]

Sin embargo, en el caso de Baran y Sweezy, la cuestión del «sobresalario», por usar el término de Emmanuel, guardaba relación con la lógica central de la propia sociedad capitalista monopolista. Más que ser simplemente el resultado de la acción sindical, este ha hecho posible que una parte del superávit se incorpore al salario y sea transferido al capital. En esencia, el capital monopolista podía aumentar sus gastos improductivos, necesarios para la absorción del superávit, sin que los costes asociados recaigan en las propias empresas. En lugar de ello, esos gastos improductivos podían transferirse gracias al hecho de que la fijación de precios monopolista tomaba la forma de deducción de los salarios o, en palabras de Baran, de «reducción por alienación». Por ejemplo, la publicidad, y los gastos en marketing en general, pasaron a ser parte del coste de bienes salariales y se pagaron de los salarios, aunque no contribuían en nada a

los valores de uso cualitativos que constituían el valor esencial de la fuerza de trabajo. Así, cálculos recientes sugieren que, en el caso de las principales marcas de jabón de lavavajillas y pasta de dientes que se comercializan en los Estados Unidos y que entran en la cesta de mercancías-salario de los trabajadores, la publicidad representa por sí sola el 11-12% del coste final de venta al por menor, mientras que, en el caso de una furgoneta GM, los costes de publicidad suponen el 4% de su precio.[42] Si se incluyeran la totalidad de los esfuerzos de venta, incluidos los cambios de modelos, la obsolescencia del producto, las promociones de ventas, el embalaje, etc., la proporción de derroche incorporada a la cesta de bienes salariales sería aún mucho mayor. De manera similar, algunas de las «ganancias» que supuestamente cabe incluir en los salarios se componen de los costes de marketing y los precios del monopolio («propiedad intelectual») de las empresas farmacéuticas, obscenamente rentables.

Al abrir la economía política marxista a nuevas cuestiones relacionadas con la fase monopolista del capitalismo, Baran y Sweezy nos ofrecieron una nueva perspectiva revolucionaria.

¿Por qué revolucionaria? Habría que recordar que la introducción de Baran al concepto de superávit económico en *La economía política del crecimiento* fue crucial para el desarrollo de la revolucionaria teoría de la dependencia en la periferia de la economía capitalista mundial en las décadas de 1950 y 1960. Los análisis de Baran y Sweezy en *El capital monopolista* fueron revolucionarios en el sentido, bien distinto, de sacar a la luz el carácter irracional y fuertemente explotador de la acumulación en el centro de la economía mundial (así como sus efectos sobre la periferia), y el potencial de un enfoque más radical del cambio social en todo el mundo. Aunque, desde el punto de vista de la teoría económica tanto burguesa como marxista, en la época en que ambos escribían, los temas que planteaban a menudo se rechazaban por secundarios e inconvenientes, porque interferían en la «elegancia» de los análisis económicos basados en los conceptos del puro capitalismo, hoy en día estos resultan absolutamente esenciales para comprender nuestro mundo, cada día más destructivo. La cuestión de las ganancias por deducción (o la reducción por alienación) y su relación con el poder monopolista se ha globalizado en la actualidad debido a que el arbitraje global del trabajo se encuentra organizado en torno a la explotación sistemática del trabajo barato del Sur global con niveles situados por debajo del valor de la fuerza de trabajo, o sea, de los costes de reproducción de los trabajadores.[43] Como ha dicho Samir Amin, esta ha tomado la forma de una «renta monopolista» o una «renta imperialista» que se impone a las poblaciones de la periferia por la agencia del capital multinacional.[44] Mientras tanto, el superávit se incorpora a los salarios reales de los trabajadores del centro de la economía mundial (así como de algunos trabajadores privilegiados del Sur global). Sin embargo, eso obliga a los trabajadores básicamente a comprar los productos del trabajo no productivo incorporados a sus bienes salariales (es decir, el plástico que envuelve la barra de pan), cuyos costes se deben principalmente a la penetración de los esfuerzos de venta en el proceso de producción. Al mismo tiempo, las ganancias por deducción sufragan la mayor parte de la enorme maquinaria bélica del capitalismo monopolista, cuyo principal propósito es la represión de las poblaciones de la periferia.[45]

El concepto de superávit, y la creciente irracionalidad de la producción misma, además, nos permiten entender los orígenes más profundos del exterminio ecológico asociado al capitalismo monopolista, así como el potencial para la creación de un nuevo

orden social que lo trascienda. Así pues, la base revolucionaria ecológica de la economía política marxista depende hoy en día de la capacidad de comprender que la fórmula general del capital, D-M-D', se ha transformado hoy en día en D-M^k-D', donde la mercadería, D, es cada vez más un valor de uso específicamente capitalista, M^k, en el que toma cuerpo el derroche con fines de acumulación.[46]

Así pues, lo que el análisis de Baran y Sweezy resalta es el carácter históricamente retrógrado del sistema en el que vivimos, en el que el verdadero potencial real para resolver los problemas humanos más acuciantes y los problemas medioambientales se ve continuamente abortado por la realidad del capital monopolista, a expensas no solo de la satisfacción de las necesidades auténticamente humanas, sino, de forma más fundamental, de la propia supervivencia de la humanidad. Es precisamente en este sentido que István Mészáros nos ha avisado de la «incontrolabilidad destructiva» del sistema actual de capital y, en consecuencia, del reto y la carga que representa nuestro propio tiempo histórico: la construcción del socialismo para el siglo XXI.[47]

Notas

1. Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*, Monthly Review Press, Nueva York, 1966: p. ix.
2. John Bellamy Foster, *The Theory of Monopoly Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1986; John Bellamy Foster y Henryk Szlajfer, *The Faltering Economy*, Monthly Review Press, Nueva York, 1984.
3. Se trata de una referencia a Marx, «Prólogo», en *A Contribution to a Critique of Political Economy* [Contribución una crítica de la economía política], Progress Publishers, Moscú, 1970: p. 22.
4. Es esa la expresión exacta que utilazó Marx para explicar por qué él y Engels habían dejado *La ideología alemana* para «la crítica roedora de los ratones»: Wir überließen das Manuskript der nagenden Kritik das Mäuse um so williger, als wir unsern Hauptzweck erreicht hatten-Selbstvertändigung [Hemos abandonado el manuscrito a la crítica roedora de los ratones de buen grado porque ya habíamos conseguido nuestro objetivo principal: la autoclarificación]. Véase: http://mlwerke.de.
5. Paul M. Sweezy: «Paul A. Baran: A Personal Memoir», en Sweezy y Leo Huberman (eds.), *Paul A. Baran: A Collective Portrait*, Monthly Review Press, Nueva York, 1965: p. 48.
6. Esto lo corrobora el hecho de que las pocas correcciones aisladas, de una palabra, que aparecen en esta última versión parecen escritas en la caligrafía de Baran, y no en la de Sweezy.
7. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital:* p. 2.
8. G. W. F. Hegel, *The Phenomenology of Spirit*, Oxford University Press, Nueva York, 1977: p. 11 [trad. española: *La fenomenología del espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1966: p. 16]. Citado en Baran y Sweezy, *Monopoly Capital:* p. xiv.
9. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital:* p. 4.
10. Paul A. Baran, *The Politcal Economy of Growth*, Monthly Review Press, Nueva York, 1957, 1962: p. xv.
11. John Cassidy, «Rational Irrationality», *New Yorker*, 5 de octubre de 2009, http://newyorker.com.

12. George Stigler, «The Politics of Political Economists», *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 73, nº 4, 1959: p. 522-524; Roger E. Backhouse, *The Puzzle of Modern Economics*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010: p. 184.
13. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital:* p. 112.
14. Véase la discusión sobre la teoría del salario de Marx en Ernest Mandel, *The Formation of the Economic Thought of Karl Marx*, Monthly Review Press, Nueva York, 1971: pp. 140-153.
15. Véase la discusión sobre la teoría del salario de Marx en Ernest Mandel, *The Formation of the Economic Thought of Karl Marx*, Monthly Review Press, Nueva York, 1971: 140-153.
16. Véase Michael Lebowitz, *Beyond Capital: Marx's Political Economy of the Working Class*, St. Martin's Press, Nueva York, 1992.
17. Frederick Engels, *The Housing Question*, Pogress Publishers, Moscú, 1979: pp. 14-15. Vëase también la carta de Engels a Ausgut Bebel, de 11 de diciembre de 1884, en Marx y Engels, *Selected Correspondence*, Progress Publishers, Moscú, 1975: p. 359.
18. Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Charles H. Kerr, Chicago, 1906: pp. 502-525 y 703-710, y *Capital*, vol. 3, Charles H. Kerr, Chicago, 1909: pp. 103-104 y 289-293.
19. Marx, *Capital*, vol. 3, pp. 1003-1004. Paul M Sweezy, *The Theory of Capitalist Development*, Monthly Review Press, Nueva York, 1942: pp. 272-273. En esta cita, Marx, como hacía a menudo en su crítica de la economía política, hacía abstracción de aquellos casos en los que el precio de la fuerza de trabajo se situaba por debajo de su valor, y se adhería estrictamente al supuesto de un intercambio igual. Sin embargo, en diversos puntos de su argumentación, abandonaría también dicho supuesto al ocuparse de las realidades históricas del capitalismo.
20. Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, «Two Letters on Monopoly Capital Theory», *Monthly Review*, vol. 62, nº 7, diciembre de 2010: pp. 43-46. En esta carta, Baran afirmaba que: «exprimir a los receptores de v (el capital o salario variable) es "ganancia por alienación" y constituye un añadido neto a la plusvalía».
21. En «Algunas implicaciones teóricas», Baran y Sweezy hacen referencia al argumento de Piero Sraffa según el cual los salarios «podrían incluir una participación en el superávit». Véase *Production of Commodities by Means of Commodities*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960: p. 9. Los objetivos de dicha referencia, no obstante, eran muy distintos a los del propio Sraffa.
22. En la teoría marxista clásica, trabajo improductivo significa trabajo que no genera plusvalía pero que se sufraga con la plusvalía ya creada. Baran le otorgó un significado más amplio (desde el punto de vista de una sociedad socialista racional) y lo definió como «todo trabajo cuyo resultado es la producción de bienes y servicios la demanda de los cuales se puede atribuir a las condiciones específicas y las relaciones del sistema capitalista y que estarían ausentes en una sociedad racionalmente ordenada». Baran, *The Political Econom of Growth*, p. 32. Las dos definiciones tenían puntos en común, pero no eran exactamente lo mismo. Aunque la primera definición era coherente con el concepto de plusvalía, la segunda planteaba un conjunto más amplio de cuestiones relacionadas con la idea de superávit en términos de Baran y Sweezy.
23. Resulta significativo que las últimas correcciones de Baran a este capítulo se las enviara a Sweezy el 5 de marzo de 1964, durante su última tanda de correspondencia.
24. Véase John Bellamy Foster, «The Fetish of Fordism», *Monthly Review*, vol. 39, nº 10, marzo de 1988: pp. 14-33.Nueva York, 1981: pp. 68-69. Sweezy seguía insistiendo en la expansión de los «costes de circulación» improductivos posibilitada por el régimen de fijación de precios monopolista. Véase *Ibid*, p. 69-70.
25. Paul M. Sweezy, *Four Lectures on Marxism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1981: pp. 68-69. Sweezy seguía insistiendo en el aumento de los «costes de circulación» que había propiciado el régimen de fijación de precios monopolista.
26. Véase Paul M. Sweezy, «Baran and the Danger of Inflation», *Monthly Review*, vol. 26, nº 7, diciembre de 1974: pp. 11-14. Cuando James O'Connor escribía «sea cual sea la combinación específica de impuestos y finanzas inflacionarias, el efecto es la reducción de la tasa de aumento

de los salarios reales», lo hacía en línea con Baran. James O'Connor, *The Fiscal Crisis of the State,* St. Martin Press, Nueva York, 1973: p. 43.

27. Paul Mattick, *Anti-Bolshevik Communism,* Merlin Press, Londres, 1978: pp. 191-192; Ernest Mandel, «The Labour Theory of Value and Monopoly Capitalism», *International Socialist Review,* vol. 20, nº 4, julio-agosto de 1967: p. 34; Sweezy, «Monopoly Capital and the Theory of Value», Foster y Szlajfer (eds.): pp. 25-26. Para una exposición más extensa de este debate, véase Foster, *Theory of Monopoly Capitalism:* pp. 24-50.
28. Aunque Baran y Sweezy el concepto de superávit como un concepto útil análogo al concepto de plusvalía, no pensaban que fuera más allá de eso. Así, en una carta a Baran del 1 de agosto de 1962, Sweezy insistía en la necesidad de recalcar que «nuestra concepción del superávit no está en absoluto en conflicto con la de la plusvalía de Marx». Las ideas básicas de cómo ocuparse de los problemas asociados a la transformación de los costes socialmente necesarios y de «los trabajadores improductivos como consumidores de plusvalía» ya aparecen descritas en Marx, y el concepto de superávit se ha introducido simplemente para permitir la consideración ampliada de tales fenómenos en la época del capitalismo monopolista. «Queremos aparecer como *desarrolladores* de la teoría marxista, y no como *revisadores*».
29. Que la ley del valor no era directamente aplicable al socialismo (y quedaba gravemente debilitada con el capitalismo monopolista) era la tesis que proponía el profesor de economía de Baran en la Unión Soviética, Evgeny Preobrazhensky, en su famosa obra *New Economics* (Oxford University Press, Nueva York, 1965: pp. 21, 147160). El propio Sweezy manifestaba su acuerdo con la postura de Preobrazhensky, e insistía en la necesidad de rechazar radicalmente la ley del valor con el socialismo y de adoptar un enfoque de la producción basado en la utilidad social y las condiciones medioambientales, en «Toward a Program of Studies of the Transition to Socialism», *Monthly Review,* vol. 23, nº 9, febrero de 1972: pp. 1-13. Samir Amin ha propuesto la idea de que la ley del valor está subordinada al materialismo histórico. Samir Amin, *The Law of Value and Historical Materialism,* Monthly Review Press, Nueva York, 1978: p. 3.
30. John Bellamy Foster, *Marx's Ecology,* Monthly Review Press, Nueva York, 2000: pp. 167-168 [trad. española: *La ecología de Marx: materialismo y naturaleza,* El Viejo Topo, Barcelona, 2004]. Véase también K. William Kapp, *Environmental Policies and Development Planning in Contemporary China and Other Essays,* Mouton, La Haya, 1974: pp. 36-39.
31. La cuestión de la especificidad histórica es relevante aquí también en otro sentido. El 2 de mayo de 1960, Baran escribía a Sweezy: «Porque lo que he estado pensando es que, con la competencia [es decir, el capitalismo competitivo], el superávit económico es esencialmente idéntico a la plusvalía». La diferencia entre los dos que surgió con el capitalismo moderno, explicaba, estaba relacionada con la alteración de los costes «socialmente necesarios» y el gran aumento de los gastos improductivos, hasta introducirse en la cesta de consumo-salario de los trabajadores mismos. La categoría de superávit se convierte, así, en un útil concepto análogo al de plusvalía capaz de explicar las múltiples formas en que el superávit se disfraza y se oculta en el capitalismo monopolista. Baran y Sweezy, «Two Letters on Monopoly Capital»: p. 43.
32. James O'Connor, «Monopoly Capital», *New Left Review* 40, noviembre-diciembre de 1966: pp. 46-47; M. C. Howard y J. E. King, *A History of Marxian Economics,* vol. 2, Princeton University Press, Princeton, 1992: p. 122; Michel Aglietta, *A Theory of Capitalist Regulation,* New Left Books, Londres, 1976: pp. 31-32. Además, Harry Magdoff escribió en su reseña del libro que la cuestión de «los costes socialmente necesarios […] requiere mayor análisis». Véase «Monopoly Capital», *Economic Development and Cultural Change,* vol. 16, nº 1, octubre de 1967: pp. 145-150.
33. Robert Heilbroner, *Between Capitalism and Socialism,* Vintage, Nueva York, 1970: p. 243.
34. Habría que decir que la cuestión de la teoría del salario ya los había ocupado antes. El 12 de febrero de 1958, Baran le escribió a Sweezy: «Eso sí, evidentemente una buena teoría del salario sería enormemente útil […] A pesar de [Sydney] Coontz, no veo clara la manera de hacer algo útil con el concepto de costes-de-producción-de-fuerza-de-trabajo. El tema no se trata […]

Estoy completamente de acuerdo contigo en que explicar el asunto en términos tan solo de la lucha por el poder dentro del capital es absolutamente insatisfactorio». Al final, Baran halló una nueva teoría basada en Marx y que incorporaba ambos elementos.

35. James O'Connor, «Exchange and Production Relations in Baran and Sweezy's *Monopoly Capital*», Socialist Scholar's Conference, 9-11 de septiembre de 1964, archivo de reseña de *Monopoly Capital*, Monthly Review Foundation. En su reseña de *El capital monopolista* en *The Nation,* O'Connor señalaba que «es mejor concebir la producción total como el volumen de consumo "socialmente necesario" de trabajo productivo, un concepto que no tiene una contrapartida empírica exacta» en las categorías estadísticas existentes. «Marxist Heavyweight Division», *The Nation*, 20 de junio de 1966, pp. 749-750.
36. En respuesta a otro de los argumentos de O'Connor, que la distinción entre trabajo productivo e improductivo había dejado de ser significativa, ya que «tanto el trabajo improductivo como el productivo pueden crear superávit», Sweezy escribió al margen: «Yo no diría que el trabajo improductivo puede "crear" superávit».
37. Véase Ron Stanfield, *The Economic Surplus and Neo-Marxism*, Lexington Books, Lexington (Massachusetts), 1973: pp. 7-8, 86; «A Revision of the Economic Surplus Concept», en Foster y Szlajfer (eds.): p. 253.
38. Además del apéndice Joseph D. Phillips sobre el superávit económico en *El capital monopolista*, véase Michael Dawson y John Bellamy Foster, «The Tendency of Surplus to Rise», en John B. Davis (ed.), *The Economic Surplus in the Advanced Economies*, Edward Elgar, Brookfield (Vermont), 1992: pp. 42-70; Edward N. Wolff, «Unproductive Labor and the Rate of Surplus Value in the United States, 1947-1967», *Research in Political Economy* 1, 1977: pp. 87-115. Phillips y Dawson y Foster reconocen ambos la categoría del derroche en el proceso económico y la penetración de los esfuerzos de venta en el proceso de producción, no obstante, sin incluirlos ellos mismos, aparte de la publicidad, en sus cálculos del superávit, para el que no existía ninguna base estadística fiable. En ambos casos, sin embargo, la inclusión de la publicidad sugería la existencia de una porción del superávit total que suponía deducciones de los salarios.

    La explicación más elegante del Departamento III la proporciona Michal Kalecki en «The Marxian Reproduction Schemes and Modern Economics», en Foster y Szlajfer (eds.): pp. 151-166. Véase también Foster, «Marxian Economics and the State», en Foster y Szlajfer (eds.): pp. 325-349; Peter Custers, *Questioning Globalized Militarism,* Merlin Press, Londres, 2006: pp. 51-63, 157-159, 206-218. El modelo más simple de Departamento III lo considera que su sostén económico procede en su totalidad de los ingresos por superávit (consumo de los capitalistas). Sin embargo, una vez que se reconoce la existencia de salarios reales por encima del valor de la fuerza de trabajo, es posible que algunos de los gastos del Departamento III, como el gasto militar, se sufraguen en notable medida con el componente de «superávit» de los salarios (es decir, las ganancias por deducción). Parece que esta era la postura de Baran. Véase *The Political Economy of Growth:* pp. 125-126.
39. Wolff, «Unproductive Labor»: p. 88. Véase también Andreas Papandreou, *Paternalistic Capitalism,* University of Minnesota Press, Minneapolis, 1972: p. 61, y Kurt W. Rothschild, *Employment, Wages, and Income Distribution*, Routledge, Londres, 1993: p. 218.
40. Howard y King: p. 122.
41. Arghiri Emmanuel, *Unequal Exchange: A Study of the Imperialism of Trade,* Monthly Review Press, Nueva York, 1972: pp. 110-120, 127-128.
42. Robert W. McChesney, John Bellamy Foster, Inger L. Stole y Hannah Holleman, «The Sales Effort and Monopoly Capital», *Monthly Review,* vol. 60, nº 11, abril de 2009: p. 6. Véase también Douglas Dowd, *The Waste of Nations*, Westview Press, 1989; Michael Dawson, *The Consumer Trap,* University of Illinois Press, Urbana, 2003.
43. John Bellamy Foster, Robert W. McChesney y R. Jamil Jonna, «The Global Reserve Army of Labor and the New Imperialism», *Monthly Review,* vol. 63, nº 6, noviembre de 2011: pp. 1-31.

44. Samir Amin, «Audacity, More Audacity», *Pambazuka News*, 1 de diciembre de 2011, http://pambazuka.org, y *The Law of Worldwide Value*, Monthly Review Press, Nueva York, 2010.
45. No hay que concluir de ello que Baran y Sweezy atribuyeran los excedentes salariales del centro básicamente a la sobreexplotación de la periferia. Tampoco, por supuesto, negaron que existiera una cierta relación.
46. Véase John Bellamy Foster, «The Ecology of Marxian Political Economy», *Monthly Review*, vol. 63, nº 4, septiembre de 2011: p. 12.
47. István Mészáros, *The Challenge and Burden of Historical Time*, Monthly Review Press, Nueva York, 2008.